

que tenía iguales intensidades y fuerzas en el conjunto y totalidad de su espíritu. El cerebro, como una máquina, movía los nervios, y los nervios, fuertemente movidos, dábanse todos de consuno al ejercicio de la constante acción. Los desconocedores de toda fisiología y de toda psicología, cuando se les presenta una imagen, creen que se halla reñida con la idea; y ahí está otro de los méritos en Colón sobresalientes, la facilidad con que convertía las ideas en imágenes y con que grababa estas imágenes, formas y relieves de sus intuiciones, en la inmensidad del cielo y en la inmensidad del mar. Él, como un Dios, veía lo uno, lo absoluto, lo perfecto, lo intuitivo; pero no habiendo, por regla general, sino un solo genio, mientras abundan los talentos, pues hay muchos, él veía, como en un espejo, su ideal y formaba perfecta ecuación matemática con la realidad, mientras los demás sólo veían las cosas segundas y las relaciones entre las cosas también subordinadas y secundarias, es decir, todo aquello en que las gentes medianas suelen á una enredarse hasta concluir por perderse. Con la razón del sabio sumaba Colón la poesía del artista, y con la poesía del artista sumaba el sentimiento de los sentimientos, la fe viva del cristiano. Los hechos en él subían á ideas y las ideas bajaban á hechos. En lo particular veía lo general. El espacio se le aparecía como un velo celeste tras cuyos pliegues se ocultaba Dios. De aquí su arte máximo en la objetivación misteriosa del divino ideal. Tanta grandeza le prestaba cierta melancolía y esta melancolía le ahuyentaba las gentes. Sin embargo, así como el exceso de fantasía no dañaba en su espíritu al exceso de reflexión, tampoco el exceso de obstáculos le desconcertaba en sus intentos ni le hacía marrar sus planes. Sobre cada tempestad veía un iris. No le importaba del relámpago los truenos que aterran y las centellas que matan, sino el resplandor, que, si deslumbra, también ilumina y guía. Él llevaba dentro de sí la compensación interna que opone todo genio en satisfacciones, incomprensibles del vulgo, á las externas injusticias y á las bárbaras calumnias. Lo mejor que había

bajo los cielos, magüer sus faltas y errores, era él mismo, porque lo mejor de la vida es una idealidad sublime y lo mejor de la humanidad es un genio divino. Así, no tratéis de quitar á Colón aquella corona de gloria que le ciñen todas las generaciones. Mientras vosotros discutís con saña su mérito y le regateáis sus altas cualidades, continuará cada ciudad elevándole un monumento, cada poeta dirigiéndole un himno, cada generación llevándole una ofrenda; y los dos hemisferios se reunirán en una fiesta universal para celebrar el Centenario de la invención del Nuevo Mundo por su augusto y sobrenatural revelador.

Llamado Colón al cumplimiento de su destino por vocaciones sobrenaturales, como aquellas que sentían los primitivos profetas; educado en faenas de mar y tierra, como inaugurador de la edad del trabajo, por una familia compuesta con cardadores y nautas; crecido en región, donde se juntaban los ejercicios de la libertad con los cambios del comercio y los esfuerzos de las navegaciones con el resplandor de las artes, medio apropiadísimo á la primera expansión de sus ideas; hijo del Renacimiento, período sintético, en que la ciencia y la poesía se juntaban, sugiriendo deseo universal de ensanchar el espacio por medio de los descubrimientos marítimos y completar el tiempo también por medio de las excavaciones arqueológicas y de los estudios históricos; atezado al sol de Italia, curtido en las aguas del Mediterráneo, mareante desde su mocedad primera, como jornalero desde su primera niñez; testigo presencial de los desembarques, en que los griegos, vencidos con honor y expulsados de Bizancio por los Turcos, venían trayendo en sus manuscritos recién salvados el antiguo genio clásico á las edades modernas y pidiendo venganzas con rescates; conducido por misteriosos impulsos á la desembocadura del Tajo, que iba expidiendo carabelas constantemente por doquier, las cuales remolcaban después islas aromadas de muy embriagadoras especias, ceñidas con collares de perlas; emparentando por matrimonio con una familia lusitana, perteneciente á los descubridores y gobernadora de

puertos, concedidos á su audacia, desde cuyos senos así podía irse con facilidad á las costas africanas, como á los círculos polares; llegado á nuestra patria, cuando la real epopeya granadina quitaba la palabra imposible de la castellana lengua y difundía con los portentos de la fe viva etéreas irradiaciones de santas esperanzas; soldado valeroso en los sitios de Loja y Baza, como diestro calafateador en los arsenales del puerto, pertenecientes á los Medinacelis, añorados siempre del perdido trono y dispuestos á buscar una compensación de aquella triste suerte, infligida por los usurpadores á su casa, con un imperio en los mares; tan dado á consultar los compatriotas de su cuñado Muliarte y los tripulantes de su concuño Pedro en Huelva, como á disputar en Córdoba con los quebrantados escolásticos que dirigía el Padre Talavera; largo tiempo recluso en aquella Rábida, iglesia y escuela y asilo, donde hallaba la ciencia del médico Garcí-Fernández y la piedad del P. Juan Pérez, y acrecía el caudal de sus ideas con las estelas de tradiciones dejadas por tanto piloto y el caudal de su paciencia con la clausura en celda, el oficio en coro, el rezo continuo, la contemplación muda del Océano infinito, y del interior espíritu, las meditaciones sobre aquel San Francisco que, á fuerza de cantar y de orar, magnetizaba y movía los seres más inertes y en milagros continuos, obra de la voluntad y de la fe, domesticaba los lobos del Apenino, y alrededor de su celda en Asís, reunía, junto á los místicos y á los ascetas, con los pintores del Arno, las avechillas del aire en un *Te Deum*, aromado por la salvia y por el tomillo de aquellas celestiales colinas, ¡ah! no puede, no, maravillarnos que bajo todas estas sobreposiciones de múltiples ideas en su razón, y de continuos experimentos en su ciencia, y de reveladoras enseñanzas en su vida, y de sempiternos ejercicios en sus fuerzas, y de grandes emociones en su pecho fuera explorador, piloto, penitente, político, poeta, sabio, guerrero, queriendo así rescatar por otra Cruzada el Santo Sepulcro en Jerusalén, como acercar con los conjuros de su genio creador, y con los vuelos de sus velas angé-

licas, al embriagador festín del Renacimiento, católico y pagano, por misteriosos derroteros de todos desconocidos, y por vírgenes aguas nunca surcadas, las Indias Orientales, redondeando con sus dos manos el planeta, y extendiendo sobre su esfera, trocada en luminoso astro, como una tienda bíblica, novísimos y más hermosos cielos.

Ante tal grandeza, ¿qué significan sus defectos, por nosotros ni omitidos ni perdonados en esta su historia? Cuando se trata de política, ninguna cosa trae tanto mal como el deseo de la perfección absoluta; y cuando se trata de historia, ningún empeño conduce á tantos y tan múltiples errores como el empeño de hallar en ella seres absolutamente buenos. Concedamos que Colón ajustaba, como quien ajusta peras, los provechos de su empresa, chalaneándolos á guisa de montero en feria; que daba sin razón á olvido los mayores auxilios y pecaba de ingrato hasta con la mujer á quien debiera los hechizos de su vida bajo el cielo de Córdoba y la estada en el edén de Andalucía, requiriendo sus logros; que á cada paso amenazaba con irse á Francia, como el duque de Medinaceli dice, y se iba ya, cuando lo detuvo el celo de la marquesa de Moya, unido al celestial espíritu de la reina Isabel; que molestó á Pinzón hasta constreñirle para que se partiera de su obediencia desagrado, sin caer el descubridor en la cuenta de su obligadísima deuda para con él, así por la expedición aparejada merced á éste su gloriosísimo segundo, como por el aquietamiento de las tripulaciones, casi subvertidas en vísperas del hallazgo; que le quitó su codicia increíble á Rodrigo de Triana el premio decretado en favor de quien viese tierra primero, y le obligó á pasarse al moro; que nunca sintió escrúpulo en el alijo y embodegamiento de siervos, con daño de su crédito, pues Isabel muy á mal tomó aquello, y con daño de su alma, pues, como le dice su airado amigo el padre Bartolomé, en sus asperezas de pensamiento y estilo, más á mal tomólo Dios; que vino á Lisboa en su vuelta primera del primer viaje, con riesgo de perder toda la obra y frustrar todo

el trabajo, mientras sus émulos españoles anclaran bajo el pabellón español, dotados de mayor ciencia nauta y acierto, en Galicia; que importunaba con peticiones continuas al Estado, y todo le parecía poco para el peculio particular de su persona y para el acervo común de sus legados; que porfiaba con Fernando en la falsa idea de pertenecerle á su familia por juro de heredad el virreinato como el almirantazgo, y mostraba propósito no bien ocultado de fundar, con Bartolomé, Diego, sus hermanos, con el primogénito y mayorazgo, así como con su avisado hijo de ganancia, Fernando, una dinastía, propósito brutalmente desbaratado por Bobadilla, pero necesitadísimo de desbaratarse para observancia de la razón de Estado á la postre; que no sabía ni de administración una palabra ni de hacienda, embrollando todos los servicios con sus contradicciones; que pasaba de la humildad á la cólera sin transición, y se desavenía por sus brusquedades y adusteces de esta gente hispánica, la cual es incapaz, como Anglería observa, no ya de sufrir á los demás, de sufrir á los suyos; que todo iba manga por hombro en su gobierno; pero esto y mucho más no empece al cálculo exacto, á la previsión increíble, á los anuncios proféticos, á las inspiraciones constantes, á la tenacidad porfiadísima incontrastable, á los quince años de paciencia en el aperebimiento y preparación de lo proyectado, á la hipnosis de adivino, á la intuición de genio, á la mirada certera y á la fijeza matemática del primer viaje, á los sondeos dados con tanta profundidad así en el mar Océano como el eterno misterio, al heroísmo en la Española y en la Jamaica verdaderamente sobrenatural á la resignación cristiana en su desgracia, al don de persuadir los ánimos, al esclarecimiento sumo de verdades fisicomatemáticas, al carácter por el que asemejarse desde su primer invención de las Lucayas y Guanahaní hasta el último día de la historia universal, sobre su América recién inventada y radiante, con el oreado rostro y los ojos extáticos, al Dios del *Génesis* , suspenso, con el Verbo hacedor en los labios y el nimbo de increada luz en las sienas, sobre su radiosa creación.

Nuestra gloria consistió en haber leído en su frente misteriosa este carácter creador suyo, y en haberle facilitado los medios indispensables á cumplir su ideal y á realizar su creación. Por eso nuestra patria se aparece á los ojos de todas las generaciones como el suelo donde con mayor espontaneidad y con mayor arraigo se ha criado la más enérgica entre todas nuestras facultades psíquicas, la humana voluntad. Y querer no es cosa tan baladí como á primera vista parece: con frecuencia grande sustituye y aun aventaja con creces al pensar. Uno de los más extravagantes, pero de los más profundos entre aquellos eximios pensadores que han ilustrado el siglo corriente, murió quejándose de la gran deficiencia de voluntad por él experimentada en su raza, metafísica, religiosa, mística, pero poco volente y activa. De aquí la propensión á doblar su rodilla sobre la realidad y abismarse por la inmersión del pensamiento dentro de las meditaciones abstractas en enajenación de sí misma semejante á las usuales entre los yoghis de la India, sobre cuyas espaldas los pájaros anidan sin que lo sienta la fría petrificación del cuerpo y la completa carencia del sentido. De aquí aquella idea eterna, sin principio ni fin, río sin fuente, río sin cauce, río sin desagüe, corriendo en un movimiento indefinido y arrastrando entre las ondas de su corriente incierta la conciencia y la libertad y hasta la moral de su raza, propensa por este mareo vertiginoso del pensar sin objeto á precipitarse de cabeza en los abismos sin fondo de una espantosa nirvana equivalente á la extinción de todo y de todos, al reinado del vacío y del silencio, á la nada, en fin, por medio del suicidio universal. Nosotros, los españoles, no caeremos en semejante neurosis. Nosotros aborrecemos y amamos. Nosotros podremos querer, como dicen los numerosos enemigos nuestros, el mal y el error; pero nosotros sentimos, nosotros aborrecemos, nosotros amamos. Así no puede nunca decirse de nuestra España que pertenece al número de naciones conocidas por cortesanas de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á

Bruto, puesto al estoico Catón en trance de matarse para salvar la gloria de su nombre inmortal con el culto á la República patricia; y mudos el Oriente con el Occidente, á merced y arbitrio del Dictador todopoderoso; y los republicanos andaluces, los últimos republicanos, dieron tal susto en sus campos, que dijo hasta el fin de su vida César: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.» Somete á su yugo Augusto el planeta conocido entonces; vence desde su cómplice y émulo Antonio hasta los vengadores de Catón, como Casio; arranca la maravillosa lengua de Ciceron á la tribuna; y mientras toda la tierra se prosterna en su presencia, una tribu de Cantabria en el apartamiento de sus montañas le impide cerrar el templo de Jano, y hace morder el polvo á las legiones de Agripa. Levanta y reconstruye Carlo Magno el Imperio romano con la sumisión universal de nuestro continente, y unos pocos navarros esparcidos por los desfiladeros separatorios de Francia y España, le aplastan el mayor de sus doce caudillos bajo los riscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y su benevolencia nativas Francisco I en Europa desde los Sultanes hasta los Papas y España disipa tal encanto en Pavía. Napoleón parece invencible hasta el punto de que ningún general y ningún monarca se atrevió á cortarle con su espada el paso, y la maravilla de Munda se renueva con creces en la victoria de Bailén, donde recibe aquel primer golpe que precedió y anunció el golpe último en Waterloo. No tiene Bismarck nube ninguna en el cielo de su poder, cuando tropieza por descuido en el arrecife de las Carolinas. Así por nuestra indómita voluntad hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del humano arbitrio contra la gracia luterana, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Calderón aquella interior actividad que lucha en los infiernos mismos con el diablo y le dice cuando quiere vencerla éste con esfuerzo: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.» Pero en

ninguna de sus empresas ha demostrado España esta fuerza de voluntad, que la caracteriza, como en el descubrimiento y apropiación de América.

Lanzarse al mar tenebroso; correr, sin derrotero y sin guía conocidos, aguas misteriosas; perder hasta la brújula, desviada de su norte fijo; enredar las quillas de sus naves en zargazos, semejantes á redes tendidas por la fatalidad al pensamiento y albedrío humanos; emboscarse por las selvas inexploradas; combatir con razas enteras; cruzar aguas fluviales tan extensas y profundas como las aguas oceánicas, sin orientación alguna, subir á los altos Andes entre aludes resonantes, desprendidos de las heladas cumbres en moles gigantescas, y entre lavas escupidas por los hirvientes volcanes; después de haberse abrasado en el trópico, entrar en los estrechos del Polo; combatir, no con los hombres, con el universo, con las fiebres disueltas en los pantanos, con los rayos y centellas que azotan á latigazos, con los elementos, ¡oh! es una demostración de lo indómito de nuestra voluntad y de lo incontrastable de nuestra fuerza como no hay ninguna otra igual en la Historia. Parece un Titán de la fábula Ojeda llevando á Caonabo sujeto al anca de su caballo; bajo las magnolias del jardín de las Fléridas Ponce de León aparece como restituyéndonos el Paraíso perdido; el hacha, con que ha cortado Vasco Núñez de Balboa la cruz, puesta sobre la montaña de aquella lengua de tierra, desde cuyas cimas se descubre á un lado el Atlántico y á otro el Pacífico, cual si arrancara chispas á un pedernal, arranca soles al cielo; una correría increíble de nuestro Hernán Cortés derriba el trono de los Aztecas, á cuyo pie arden los sacrificios humanos; heroico arresto de Soto vuelca en el mar de la vida un afluente como el Mississipí, al par que otro arresto de Solís vuelca un afluente como el Plata; con sólo llegar Pizarro, el imperio de los Incas se viene á tierra, y con sólo ir exploradores por los cuatro puntos del horizonte surgen las alturas encendidas de Quito, se abren las selvas vírgenes del Amazonas al nombre de nuestro Dios y al imperio de nuestra

civilización; el estrecho de Magallanes revela el paso por América de nuestras gentes occidentales al Asia; florecen especierías nunca olidas en los valles, y brotan astros nunca vistos en el cielo; al exceso de vida se alienta el espíritu moderno y se anuncia la libertad universal; por lo que, así como los griegos constituyeron el helenismo un día en Oriente, y constituyeron los romanos otro día el catolicismo en Occidente; sobre sus ídolos y fetiches rotos, sobre sus sacrificios humanos extintos, sobre sus alcázares faraónicos destruídos, sobre sus castas disueltas, sobre su despotismo antiguo desarraigado, levantarán cien venideros pueblos en el Nuevo Mundo bien pronto la religión del hispanismo, siempre que quieran agradecer á quienes se los llevaron en un día creador el soplo de la idea cristiana y los beneficios consiguientes á la cultura y á la civilización universal.

ÍNDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA.....	5
PRÓLOGO.....	19
CAPÍTULO PRIMERO.—Excepcional importancia de Colón.....	45
CAPÍTULO II.—Nacimiento y crianza de Colón.....	57
CAPÍTULO III.—La gloria de Colón..	83
CAPÍTULO IV.—Portugal y Colón.....	101
CAPÍTULO V.—Casamiento de Colón y estancia de casado en Portugal.....	127
CAPÍTULO VI.—Venida de Colón á España.....	159
CAPÍTULO VII.—España y su estado al arribo de Colón.....	173
CAPÍTULO VIII.—Amores de Colón en Córdoba.....	179
CAPÍTULO IX.—Colón ante los nobles andaluces.....	185
CAPÍTULO X.—Colón ante la corte.....	195
CAPÍTULO XI.—Colón ante los Reyes Católicos.....	207
CAPÍTULO XII.—Colón en Salamanca.....	219
CAPÍTULO XIII.—La Rábida.....	233
CAPÍTULO XIV.—Colón y el real de Santa Fe.....	245
CAPÍTULO XV.—De Santa Fe á Palos.....	263
CAPÍTULO XVI.—Martín Alonso Pinzón.....	275
CAPÍTULO XVII.—El día de la partida.....	283
CAPÍTULO XVIII.—Viaje de Palos á Canarias.....	297
CAPÍTULO XIX.—El mar tenebroso.....	311
CAPÍTULO XX.—¡¡¡Tierra!!!.....	335
CAPÍTULO XXI.—Los primeros descubrimientos.....	351
CAPÍTULO XXII.—La Isabela y Cuba.....	363
CAPÍTULO XXIII.—La Española.....	393